

José María Lagrange O.P

La resurrección de Lázaro (220)

Io., xi, 1-44

Andando en estas predicaciones, Jesús se había aproximado a Jerusalén, siguiendo el curso del Jordán. La ribera izquierda pertenecía a Herodes Antipas, y la derecha dependía del procurador romano.

San Juan conduce a Jesús al otro lado del Jordán, y allí, según parece, es donde recibió el recado que le llamaba a Judea, donde su amigo Lázaro estaba enfermo. Tal vez Jesús, terminado su viaje de Perea, preparaba su entrada en Jerusalén y ya estaba cercano a Jericó. Podía creerse uno en Judea estando en una u otra orilla, y aun en la orilla derecha se podía extender el nombre de Judea a la región montañosa. De todos modos, Jesús estaba a una jornada, más o menos larga, de Betania, situada a quince estadios de Jerusalén, poco más de dos kilómetros y medio. Era la aldea de María y de Marta, dos hermanas que avisaron a Jesús de la enfermedad de su hermano. No le pedían expresamente que fuera allá, sino que, sabiendo que amaba a Lázaro, le mandaron simplemente decir: «Señor, el que amas está enfermo».

Esta introducción de san Juan es un ejemplo sorprendente de la armonía oculta que gustamos señalar. Conocimos por san Lucas a María y Marta, que ahora vamos a ver retratadas con su diferente carácter, matizado del mismo modo. Ignorábamos que su ciudad se llamase Betania, cuya posición está aquí indicada, y que tuvieran un hermano. Para completar este informe, nota san Juan que esta María, como los cristianos del mundo entero saben, es la que ungió al Señor, según se contará más tarde.

Jesús amaba a Lázaro y amaba a María y a Marta, y, sin embargo, no se pone inmediatamente en camino; continúa dos días más en donde estaba. Sabía ya que un gran designio de Dios se iba a cumplir para gloria del Hijo de Dios y, por mediación de Él, para gloria de su Padre.

Pasados dos días, dijo a sus discípulos: «Vamos a Judea otra vez.» Era esto exponerse a la muerte, pues, para los discípulos, Judea era Jerusalén, donde había que afrontar criminales proyectos. Sabiendo Jesús que su hora, aunque cercana, aun no había llegado, advirtió a los suyos que nada había que temer en tanto que Dios haga lucir su luz. La hora de sus enemigos era la hora de las tinieblas, y aun era de día. Los discípulos no comprendieron esto o no lo quisieron comprender: guardaron silencio. Jesús entonces les dijo: «Lázaro, nuestro amigo», el que nos ha dado a todos hospitalidad, «está dormido»; y puesto que vosotros no parecéis estar dispuestos a ir conmigo, «iré yo a despertarlo».

Como todos ellos sabían la enfermedad de Lázaro, aquellas palabras eran bastante claras. Jesús no iba a hacer una jornada para despertar a un

enfermo. Lázaro había muerto, pero decididamente los amigos de Jesús aparentaban no entender. En un enfermo, es muy buena señal que duerma. Fue necesario que Jesús dijera clara y terminantemente: «Lázaro está muerto.» Sabíais que podía curarle; si no lo hice fue para que seáis testigos de un milagro más grande. «Vamos, pues, a él».

No podían volver atrás. Tomás, en griego Didimo, tuvo el mérito de arrastrar a los otros: «Vamos también nosotros para que muramos con él.» Aun este hombre animoso no veía más que la muerte en la temida aproximación a Jerusalén.

Cuando llegó Jesús a Betania ya hacía cuatro días que Lázaro había sido enterrado. Marta, prontamente avisada, como más activa de las dos hermanas y la que mandaba, salió a su encuentro. ¡Ah, si hubiera estado allí aquel de quien sabe que todavía entonces tenía el poder de conseguirlo todo de Dios! Expresa ella su fe, más bien que una esperanza vaga todavía de la resurrección de Lázaro. Así, cuando Jesús la consuela: «Tu hermano resucitará», ella lo entiende de la resurrección en el último día, según la fe de aquellos judíos, que no se dejaban seducir por el escepticismo de los saduceos. Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente. ¿Crees esto?» Ella le dice: «Sí, Señor, yo también creo que tú eres el Cristo Hijo de Dios que has venido al mundo», y puesto que da fe a la declaración del Salvador, cree también que, siendo Él la Vida, resucitará a los muertos. Sin embargo, ella no desciende de las alturas del dogma, de las perspectivas del juicio universal, cuando todos los sepulcros se abrirán a la vez. No dice que el autor de la resurrección general pueda devolver a su hermano aquella vida perdida pocos días antes. Y se fué. El sepulcro estaba abierto en la roca, según costumbre, y se descendía a la cueva por una escalera. Sobre la cámara mortuoria estaba puesta una piedra. Jesús dice: «Quitad la piedra.» Marta se inquieta: ¡violar el reposo de un muerto era un sacrilegio! Jesús, sin duda, quería verlo por última vez; pero, ¿en qué estado le hallaría? «Señor, hiede ya, porque hace cuatro días que está muerto.» Un embalsamamiento ligero era lo que se acostumbraba en las familias de cierto rango; pero no podía impedir la rápida descomposición del cuerpo, y esto debía saberlo el Señor. Jesús mantiene su mandato: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Después levantó los ojos al cielo y oró en alta voz, no para ser oído de su Padre, pues de antemano sabía que sería atendido, sino para mostrar a los que le escuchaban que iba a dar en nombre de Dios una señal de su misión. Entonces clamó con gran voz: «¡Lázaro, ven fuera!» El muerto salió en la forma en que se le había dejado, atadas las manos y los pies con vendas y envuelto el rostro con un sudario. Díceles Jesús: «Desatadle y dejadle ir.» La ayuda de los circunstantes era necesaria al resucitado, pero precisaba sobre todo que fuesen convencidos de un milagro, que habían tocado con sus manos, al ser admitidos a deshacer lo que por rito de la sepultura se hacía con los muertos. Después de esto, Lázaro no necesitaba de los servicios de ellos. Había sido vuelto a la vida ordinaria.

El cuarto evangelista ha contado la resurrección de Lázaro con muy precisos

pormenores, emoción comunicativa, con gran solemnidad en aquel acto augusto del triunfo de la vida sobre la muerte, triunfo personal de Jesús, símbolo de su victoria definitiva, presentida para el porvenir Frente a la luz, se espesan las tinieblas sobre los enemigos del Hijo de Dios, y se obstinan más que nunca en que perezca la Vida.

Para san Juan fue esto como el coronamiento de la predicación de Jesús, el preámbulo de su muerte, la prenda de su resurrección: El Hijo del hombre será precipitado desde esta altura.

Como nosotros, lo dicen los críticos modernos, rivalizando con los antiguos en poner de manifiesto la importancia de este milagro en san Juan : pero es con el fin de negarlo con más seguridad. ¿Cómo los demás evangelistas iban a ignorar un hecho de tanta importancia? Puesto que nada dijeron, luego es un mito, destinado a simbolizar cómo Jesús es la resurrección y la vida.

Nadie, menos que san Juan hasta nuestros días, ha tenido la pretensión inconcebible de edificar sobre el vacío. Describe el hecho como realidad sembrada de pormenores. Si lo ha inventado, no será un símbolo, sino un embuste. Embuste de poeta, se dirá, del divino poeta de la amistad, del dolor, de las lágrimas, de las esperanzas incoercibles de la humanidad, todo muy bello. Pero no fue esto lo que san Juan quiso hacer. Él quiso dar testimonio de la verdad, de una verdad religiosa, pero, antes que nada, de la verdad de los hechos.'

Entonces, ¿el silencio de los sinópticos? ¿Qué católico pensaría hoy en escribir una vida de Jesús sin esta manifestación gloriosa tan pronto obscurecida? Nadie, seguramente, de cuantos hayan leído al cuarto evangelista. Pero los tres primeros no lo habían leído. El hecho, sin duda, no lo ignoraban; era un milagro extraordinario, y ellos ya habían mencionado otras resurrecciones. ¿Qué quedaría en la historia de Enriqueta de Francia o de Enriqueta de Inglaterra sin las oraciones fúnebres de Bossuet? ¿Quién sabría el nombre de Tesifonte partidario de Demóstenes, sin el discurso sobre la corona?

La ida de Jesús a Betania no entraba en el plan de la primera catequesis; sería en él una especie de adición que descomponía la economía general del trazado. Podía omitirse sin que nada esencial faltase al Evangelio.

Podemos arriesgar una hipótesis. ¿Quién nos priva de ese derecho? Probablemente san Pedro no presenció toda esta historia. Si la hubiera presenciado, él, animoso hasta la presunción, hombre de todas las iniciativas, ¿hubiera permitido a Tomás que llevase a los demás discípulos desafiando la muerte? Por tanto, si Pedro no está allí, él, el creador de la catequesis primitiva, la predicó sin narrar este milagro. Como en otras ocasiones san Juan, el amigo de Pedro, suplió aquí su silencio. Parece justo también que los primeros evangelistas hayan evitado comprometer a aquella familia de Betania, que el Sanedrín tenía tan cerca. San Lucas habló de Marta y de María, pero sin mentar el nombre del pueblo. San Mateo y san Marcos

han narrado la unción de Betania sin dar el nombre de los que alojaron a Jesús. El designio de san Juan de suplir estas omisiones es del todo manifiesto. Pone, como suele decirse, los puntos sobre las íes, sin afectación, pero con seguridad hasta en los pormenores. O quiso poner en plena luz histórica el hecho de la resurrección de Lázaro o quiso dar armas a los que le acusarían de haberlo inventado.

Ha contado pocos milagros, pero con tanta precisión, que se ve su intento premeditado de poner cimientos sólidos a su afirmación sobre el Hijo de Dios.

Resolución definitiva de hacer morir a Jesús (221)
Io., xi, 45-53

La resurrección de Lázaro convenció a los judíos que fueron testigos de ella. Creyeron en Jesús, al menos como enviado de Dios, según su solemne palabra. Otros judíos, sabedores de lo sucedido por una sencilla narración oral, se conmovieron menos y no quisieron renunciar a su odio. Fueron los que avisaron a los fariseos, los cuales no quisieron dar ningún paso sin antes dar cuenta a los Sumos Sacerdotes. Se celebró, pues, un consejo compuesto como el Sanedrín, sin carácter oficial, pero cuya decisión, una vez tomada, era seguro que prevalecería.

El Sumo Sacerdote era el presidente señalado. La asamblea, aunque era unánime en su hostilidad contra Jesús, dudaba el partido que debía seguir. Sus milagros eran patentes, incontrastables, y tenía con ellos conmovido al pueblo. Le bastaba al profeta agrupar a los partidarios a su alrededor. Los romanos eran los señores, más respetaban el Templo y dejaban al pueblo cierta autonomía, no esperando más que una ocasión favorable para dar el golpe decisivo. Si se les obligaba a venir en armas y verter sangre, sería, sin duda, el fin de toda independencia y acaso la supresión del culto del Templo.

**(José María Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*,
Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1933, p. 468-476)**